

## IGNACIO MONTES DE OCA



Orador, poeta, traductor de clásicos griegos, primer Helenista de México y más allá, políglota que poseía el inglés, el francés, el italiano, el portugués, el latín y el griego clásico, con tal perfección que escribía, peroraba y aún versificaba en cada uno de estos idiomas. Fue además miembro de la Academia Mexicana de la Historia y de varias sociedades científicas y literarias del país y de otras naciones.

Nació en Guanajuato en 1840 donde recibió su enseñanza primera. Siendo ya sacerdote asistió en Miramar a la coronación de Maximiliano de Habsburgo como emperador de México, y ese mismo día fue nombrado Capellán de Honor de su corte.

A los treinta años fue nombrado Obispo de Tamaulipas en el Palacio Vaticano, nueve años después fue designado Obispo de Linares hoy Arzobispado de Monterrey, donde luchó valientemente por la libertad de la Iglesia. Al cabo de cinco años fue trasladado a lo que sería su Diócesis predilecta, San Luis Potosí.



En 1914 partió de Veracruz hacia Roma en una nueva misión de su iglesia sin saber que era la última vez que la vería; se desbordó aquí el torrente de la revolución y allá el fragor de la guerra sacude a toda Europa. Vivió extrañando a sus feligreses. Presintiendo ya su fin, el 30 de julio de 1921 emprendió regreso hacia la Patria, ya muy enfermo llegó a Nueva York y allí murió.

Tras solemnísimos funerales en la Catedral de San Patricio, es trasladado su cadáver a la amada ciudad potosina: sus restos fueron depositados en la Santa Iglesia Catedral. A su muerte, era el decano del Episcopado mundial.

Saboreó mieles y honores como pocos quizá, pero también como pocos gustó de acíbares y quebrantos. Supo ser al mismo tiempo Obispo y poeta, pastor de almas y pastor de la Arcadía, viajero infatigable y constructor apostólico, orador políglota ante las Cortes Europeas y predicador de humildísimas parroquias rurales, fastuoso como un príncipe del Renacimiento y caritativo como un discípulo de Francisco de Asís; todo lo fue, y todo supo serlo con grandeza.

Solía firmar sus composiciones literarias con el nombre de Ipanandro Acaico y así lo hizo hasta su último poema. Ya en el ocaso de su vida compuso para sí un soneto que refleja cuánto añoraba verse morir exhalando su último suspiro entre el amor de sus feligreses.... , al final el destino le negaría esa última voluntad.



Triste, mendigo y ciego cual Homero  
Ipanandro Acaico a sus montañas se retira  
sin más tesoro que su vieja lira  
ni báculo mejor que el de romero.

Los altos juicios del Señor venero  
y al que me despojo vuelvo sin ira  
de mi mantel pidiéndole una tira  
y un grano del que fuera mi granero.

Por qué mirar con fútiles enojos  
a quien no puede hacer ni bien ni daño  
y solo quiere en su ontaquésimo año,  
antes de que acaben de cerrar sus ojos,  
morir apacentando su rebaño.